

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Sobre la espiritualidad cristiana [Christian spirituality]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Andiñach, Pablo
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-08 22:58:27
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155660

Sobre la espiritualidad cristiana*

Pablo Andinach

A la memoria de Alberto Ricciardi,
quien amó y enseñó a amar la Palabra
de Dios en nuestras aulas.

La espiritualidad es un tema permanente en la vida de la Iglesia. Desde el momento que esa vida está basada en los evangelios no se puede hablar más que de un fundamento espiritual para sus planes y actividades. Sin embargo es habitual oír decir en conversaciones y en escritos de ámbitos congregacionales que en nuestras iglesias necesitamos menos burocracia y menos tiempo en lo administrativo y más espiritualidad. Este reclamo se hace más evidente entre quienes se comprometen con la vida eclesial y a la vez son testigos de cierto decaimiento en la práctica de la fe. Y si bien este decaimiento no siempre es resultado de la acción propia de la iglesia, debemos decir que esta forma de pensar es correcta si la entendemos en el sentido de que por alguna razón se ha desbalanceado el necesario equilibrio entre la misión de la iglesia y los aspectos administrativos que la organizan. Por supuesto que es obvio que sin ellos no hay tarea posible, pero la queja tiene lugar si podemos comprender que siempre existe el riesgo de que ese instrumento que es la iglesia reemplace al fin para el cual fue creado —que es la misión encomendada por Cristo— y entonces encontrarnos con que nuestra agenda está llena de reuniones administrativas que no administran nada o muy poco.

También es cierto que esta preocupación trasciende las distintas iglesias y aún se instala en la sociedad en su conjunto. Tanto la Iglesia Católica como otras denominaciones cristianas han estado revisando su modo de vivir y entender la

* Una versión abreviada de este artículo se publicó en *El Estandarte Evangélico*, mayo de 1999.

espiritualidad. Este proceso se expresa por un lado en la producción teológica¹, pero también –y en realidad dando origen a la anterior- en la práctica cotidiana de las iglesias. Esto no suele darse en forma consciente sino que se lo descubre en los movimientos internos que expresan una modificación en la forma de vivir la fe respecto a la forma anterior, en general considerada superada por la nueva modalidad. Básicamente se hace visible en los cambios litúrgicos y en la himnología, aunque estos cambios también son la consecuencia de un fenómeno más complejo que se vive en el interior de la dinámica de fe de la iglesia. Y es necesario aclarar desde un comienzo que esto no necesariamente es siempre así, ni que significa en sí mismo un avance o un retroceso, sino sólo un cambio en el estilo que deberá evaluarse a la luz del evangelio mismo para poder llegar a una conclusión seria sobre sus efectos en la vida de la iglesia. Así vemos que lo más llamativo de los últimos años que surge como una posible respuesta a esta preocupación por una espiritualidad renovada es el movimiento carismático. Primero entre las iglesias evangélicas y luego también en el catolicismo, ha impactado en forma contundente y lo sigue haciendo en la vida y prácticas de las diversas Iglesias. Distinto de este fenómeno pero en ocasiones confundido con él, está el pentecostalismo con su fuerte acento emotivo y una espiritualidad que le es propia y que lo identifica en relación con el resto del campo religioso². Estos movimientos han vitalizado la fe en ciertos aspectos, han puesto algunos énfasis y poseen elementos que debemos valorar y recibir con alegría mientras otros requieren una cuidadosa evaluación.

En lo que hace al sector religioso no cristiano las nuevas formas de espiritualidad se expresan por un lado en modelos más o menos secularizadas como la Nueva Era (*New Age*) con su mezcla de elementos sin mucha coherencia interna pero sin pretensiones de tenerla, o en formas altamente espiritualizadas como el esoterismo, los movimientos afro-americanos del Brasil³ –que ya están entre nosotros-, y el resurgir de formas extremas de religiosidad popular bajo el paraguas siempre ambiguo del catolicismo que las tolera o alienta según el caso. En estas páginas nos concentraremos en la espiritualidad cristiana y en las iglesias evangélicas históricas, las que comparten en términos generales una visión común del ministerio y –también términos generales- los mismos problemas.

¹ Véase en esta misma revista el artículo de Raúl Sosa, “La oración el encuentro con un Dios que nos sorprende”, y el de Pablo Sosa, “¿Pan y vino para todos?”, P Casaldáliga y José María Vigil, *Espiritualidad de la Liberación*, Buenos Aires, Centro Nueva Tierra, 1993, Carlos Libano, *Oración en la Acción*, Buenos Aires, La Aurora, 1982 También nuestro “Vida cristiana y espiritualidad”, *Cuadernos de Teología XVII* (1998), págs 117-128 Debemos señalar que la mayoría de lo que se escribe sobre este tema aparece en revistas eclesiales, de circulación limitada

² Véase Gabriel, Vaccaro, *Puntos Fundamentales del Pentecostalismo*, Quito, CLAI, 1992, Carlos Duarte, *Las mil y una caras de la religión Sectas y nuevos movimientos religiosos en América Latina*, Quito, CLAI, 1995, págs 143-162

³ Cf Duarte, op cit págs 180-187

Frío y calor

Para comenzar vamos a admitir que hay un debilitamiento de la espiritualidad en nuestras iglesias. Este no debe verse en el miembro que está en la iglesia y mantiene un compromiso firme con su congregación sino en aquel que no está y ha decaído en su compromiso eclesial. Cuando nos preguntamos por la ausencia de hermanos y hermanas que esperaríamos ver –porque han sido formados en nuestra congregación, porque se acercaron y fueron miembros activos, o porque en su momento dieron testimonio de una fe profunda-, la respuesta suele tener que ver con lo que hemos dado en llamar el “enfriamiento” de la fe. Decimos: “su fe se ha enfriado” para significar la falta de interés en una manifestación activa de la fe. ¿Es así? Dos causas suelen llevar a esta situación: la *primera* es que el hermano haya sufrido una crisis de fe, un debilitamiento en sus convicciones, un replanteo de sus opciones. No pocas veces la cosa pasa por ahí y es necesario entonces comprender y respetar la libertad del otro sin dejar de expresar nuestro deseo de que pueda reencontrarse con la fe y con la comunidad que es la iglesia, y es un imperativo encargarnos de que sepa claramente que esa es nuestra intención. Recordemos que el silencio ante un hermano en crisis puede expresar respeto por su situación (ya que no queremos presionar a la persona en un momento que necesita meditar profundamente sobre su vida), pero también puede ser entendido como indiferencia y olvido de sus necesidades.

La *segunda* posibilidad es que la vida de la congregación no esté respondiendo a sus necesidades interiores, a sus expectativas, a lo que la persona va a buscar a la iglesia. Es fácil criticar esta postura diciendo que uno no debe ir a buscar a la iglesia que le den algo sino que debemos ir a dar, a ser siervos antes que a ser servidos. Eso es correcto. Pero también es cierto que la comunidad de la iglesia debe alimentar al miembro y ser un espacio para compartir la fe. En ella debe darse un encuentro real donde exista la posibilidad de volcar los sentimientos, los afectos, las preguntas. Donde en determinados momentos de la vida encontremos descanso interior luego del trájín físico y espiritual que impone la vida moderna y que cansa más que el mero esfuerzo laboral. Hacer justicia a ese doble movimiento de entregar nuestros dones y a la vez alimentarnos en la fe es un ejercicio que no debería escaparse de ninguna planificación congregacional a riesgo de quedar descolocados por cualquiera de los lados. En un caso por activismo, un modo de hacer cosas sin tener claro el sentido de ellas, o habiendo perdido de vista el ser evangélico de nuestras actividades por correctas que sean. En el otro caso por pereza interior, una forma de reclamar para uno de parte de la iglesia lo que no estoy dispuesto a dar para mi hermano o hermana que tienen tanta necesidad como yo de alimentar su fe en la comunidad y que esperan de mí el apoyo que yo mismo necesité en su momento.

Hay una *tercera* causa por la cual hay hermanos que se alejan de una iglesia pero no la vamos a analizar aquí. Nos referimos al hecho de encontrar una

comunidad dividida, peleada entre sí y sin espacio para el diálogo entre posturas distintas. Es casi una constante que en cada conflicto serio dentro de la iglesia no resuelto en el marco del amor fraternal haya hermanos o hermanas que no tolerando tal situación se apartan de la comunión regular. Cabría entonces la pregunta de si cuando el amor esta ausente en medio de una discusión se continúa siendo iglesia, o si nos hemos transformado en un grupo de personas –y de los peores- que se reúnen entre cuatro paredes con cartel de templo. Pero... ¿templo de quién?

Uno de los errores que cometemos es el dar por supuesto que cualquier hermano o hermana que asista a la iglesia, incluso que se compromete con las actividades regulares de ella, y que por el sólo hecho de estar allí quizá por muchos años, no necesita de una alimentación espiritual que contribuya a renovar su fe, a recrearla y a hacerla más profunda. Da la sensación de que habiendo dado muestras de compromiso eclesial no se necesita volver sobre aquellos aspectos esenciales de la fe. Como si ya lo tuviéramos todo bien custodiado en nuestra mochila. Es una actitud cuyo origen no podemos ubicar, pero a nuestro entender nos ha costado la pérdida de generaciones enteras de personas que fueron criadas en la fe, que han pasado por nuestras congregaciones, pero que al momento de renovar esa fe ya adquirida no encontraron el soporte espiritual del mensaje que estaban necesitando. Podemos analizar casos concretos y echarle la culpa a quien sea, desde “el barrio que es duro” hasta la propia falta de fe del hermano que en definitiva “no quiso aceptar el desafío del evangelio”. Y es probable que en muchos casos sea así. Pero la responsabilidad por extender el reino de Dios es nuestra y es indelegable. Y la responsabilidad por atender pastoral y espiritualmente a los miembros de nuestra comunidad no hay excusa que nos libre de llevarla a cabo.

Queremos arribar a una primera conclusión, muy sencilla pero esencial a este punto: no es posible dar lo que no se tiene. Si no alimentamos nuestra fe no seremos capaces de transmitirla a otros. Si no practicamos una renovación permanente de nuestras actitudes y vida en el evangelio difícilmente podamos invitar a otros a renovar su vida, a cambiar su actitud frente a Dios y su evangelio. No siempre nos hemos dado cuenta que cuando evangelizamos hacia fuera de la iglesia estamos llamando a las personas a un cambio de vida y de mentalidad que a menos que esté respaldado por un testimonio sincero de nuestra parte sonará a hueco o falso. La imagen de una iglesia donde la fe es más un elemento cultural que un mapa para guiar la vida será siempre un hueso duro de roer para el Espíritu cuando quiera –y a menudo quiere- hacerla instrumento de su accionar en la sociedad.

Dónde encontrar lo que se busca

La imagen de un mendigo que sabe donde hay pan e invita a otro mendigo a ir juntos para alimentarse se ha utilizado muchas veces. Seguramente porque

pinta muy bien la actitud del creyente que no es dueño del pan pero sabe donde hallarlo. Y que a su vez, en el camino que es la vida, se encuentra con otros y otras que tan hambrientos como él buscan lo que él ya encontró. El mendigo no es avaro –nada hay más desagradable que alguien avaro con lo ajeno- e invita a todos a saciarse con el pan gratuito y abundante. La pregunta es cómo hacemos de esta parábola un hecho real en nuestra vida y en nuestra iglesia. La respuesta pasa por clarificar la fuente de nuestra espiritualidad. Encontramos cuatro fuentes donde debemos abreviar para que nuestro espíritu pueda encontrar su espacio para construir una espiritualidad cristiana.

La *primera* y el origen de todo es la fuente bíblica. Nuestra fe y espiritualidad debe buscar alimento y dirección en los textos bíblicos⁴. Y por bíblica ha de alimentarse de cada página de ella pero teniendo como referencia permanente a Cristo. Es él quien da sentido a nuestra espiritualidad porque es la unión con su Espíritu lo que da el sustento a la vida del creyente. Ese el lugar donde han abrevado nuestros padres en la fe y donde encontraron inspiración y consuelo en tiempos de dificultad. Sabemos que decir esto puede sonar como una verdad de perogrullo, algo casi innecesario. Pero en los tiempos que vivimos mucho de lo que se presenta como espiritualidad y como bíblico no lo es. La mera referencia a la Biblia no es suficiente para suponer una fe sólida. De más esta decir que no basta con citar algunas líneas de sus páginas para santificar cualquier idea, y menos aún atiborrar de textos al lector para ocultar lo que en realidad no es otra cosa que una maraña que pensamientos propios, por lo general ya confusos. Cuando nos referimos a la Biblia como fuente de inspiración estamos diciendo la lectura tranquila y meditada, la actitud de ir al texto para que nos ilumine la propia experiencia y nos ayude a entender la vida que el mismo Dios nos ha dado. Así se entiende la Biblia a sí misma. Cuando numerosos textos hablan de que “...se apartaron de la fe de vuestros padres...” o “...como dice la Escritura...” se refiere a que los textos deben ser tenidos en cuenta a la luz de la vida actual para entender lo que nos pasa ahora, o para guiarnos en las decisiones que nosotros debemos tomar en situaciones concretas de la vida. Nunca la Biblia se presenta como un recetario para aplicar mecánicamente ni como un catecismo donde a cada pregunta le corresponde una respuesta única y –para colmo- dogmáticamente sancionada. Ella nos conduce a través de situaciones de la vida, muy humanas y muy reales, y nos va mostrando como encararon los distintos personajes en aquella época y conducidos por Dios los desafíos con que se topaban. Esto nos conduce al *segundo* punto.

4 Véase Pablo Richard, “Un nuevo espacio y un nuevo sujeto para interpretar la palabra de Dios”, *Alternativas* 5 (Managua, 1998), págs.131-145.

Nuestra espiritualidad se debe dar de cara a la vida. Una lectura atenta de la Biblia nos muestra que el creyente no se define en oposición a la creación ni a la vida tal como Dios la ha dispuesto. Un error bastante común es el de creer que la fe nos empuja a rechazar lo que somos, nuestros pensamientos y sentidos. Muy típico de los espiritualismos es el considerar que habiendo descubierto el evangelio somos llamados a abandonar nuestros gustos, inclinaciones, dones o ideologías. El origen de tal concepción suele tener su base en la comprensión del “nacer de nuevo” (Juan 3:3) como una forma de rechazo de todo lo anterior en la vida. “Morir al pecado” (Romanos 6:2 y otros) es interpretado como abandonar todo lo que éramos al momento de la conversión. Esto es obviamente una forma de comprender el evangelio. Pero nos parece más fiel al espíritu de esos pasajes –y de la Biblia toda– entender que el evangelio eleva a la persona en lugar de anularla, da un nuevo significado a lo que somos en lugar de llamarnos a abandonar nuestra identidad o a cambiarla por otra. Por ejemplo, no rechazamos la música sino que le damos un lugar nuevo como modo de expresión en la vida; no abandonamos nuestros pensamientos sino que los ubicamos en un lugar distinto dentro de nuestra vida; no vemos en el arte o la ciencia un lugar apartado de Dios sino que valoramos en ellos la maravilla del ser humano creando con los elementos que Dios ha puesto en sus manos. En este sentido el evangelio nos invita a nutrirnos de la vida para alimentar nuestra espiritualidad. El ejercicio es *ver* la presencia de Dios allí donde antes no veíamos más que puras casualidades, hechos fortuitos, suerte, como suelen llamarla. ¿Qué vamos a decir a un poeta? ¿Qué abandone sus versos porque ahora que ha conocido el evangelio debe morir a lo que él era antes? La fe de cara a la vida significa que ahora encontrará en el don de la poesía una muestra más de la belleza de la creación de Dios, de lo que él nos ha capacitado para hacer con las palabras, esas maravillas. ¿Le diremos al médico que abandone su profesión porque el verdadero médico es Dios mismo? Vivir la fe de cara a la vida significa que ahora ese médico sabe que a través de sus recetas y sus consejos profesionales Dios está obrando para sanar a los enfermos, que él es un instrumento de sanidad que el Señor utiliza y que en ese espíritu debe continuar su labor, ahora con más conciencia de servicio ya que sabe que está dando de lo que por gracia de Dios ha recibido como un don gratuito. Eso es *nacer de nuevo*: aprender a reconocer a Dios allí donde antes nos creíamos solos o autosuficientes.

La *tercer* fuente de nuestra espiritualidad debe ser una sincera vida de oración⁵. Es teológicamente correcto decir que Dios escucha todas las oraciones. Entendemos esto en el marco de las oraciones presentadas con sinceridad, ya que las otras ni siquiera son oraciones. Si la oración en público y

⁵ Véase el artículo de Raúl Sosa ya citado en nota 1 en este mismo volumen.

en voz alta está dirigida a que la escuchen sólo los demás presentes en la reunión donde estamos, podemos estar seguros que será así: sólo ellos la escucharán, porque Dios tendrá otras cosas que hacer en ese momento. La vida de oración alimentará y volverá a alimentar al creyente cada vez que volvamos a ella. Es como un espacio dado por Dios para que podamos a veces descansar, otras reclamar, otras implorar... Pero es un lugar creado por Dios mismo. No es fruto de nuestra búsqueda de llenar el tiempo, ni de ganarnos el favor de la divinidad. Y es bueno repetir lo que ya han dicho otros hermanos: no es Dios quien necesita de nuestras oraciones sino que somos nosotros los que necesitamos vincularnos a él. Los textos bíblicos nos muestran el origen del diálogo entre los creyentes con Dios como una de las primeras cosas que se instauraron en los albores de la humanidad. En Génesis 4:26 se nos dice que "...entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová". Esto sucede luego de presentar una de las tragedias más significativas de la creación, como es el asesinato del hermano Abel perpetrado por Caín, y de la acción redentora de Dios que da a Eva y Adán un nuevo hijo en reemplazo del fallecido. Ante la tragedia y la bendición surge la plegaria y la palabra que se eleva ante el Creador.

Vayamos a la *cuarta* fuente de nuestra espiritualidad: la vida comunitaria. El pedagogo brasileño Paulo Freire remarcó que no se aprende en soledad sino que lo que se aprende se lo hace en comunidad. Freire captó y desarrolló esta idea a partir de su propia formación cristiana. No se crece en la fe en soledad, se lo hace en el seno de la iglesia. ¿Cuántos pasajes del Nuevo Testamento nos muestran a Jesús, un discípulo, a Pablo u otros personajes obrando solos? Pocos o ninguno. La respuesta es que desde un primer momento el cristianismo fue *iglesia*, es decir "asamblea", conjunto de personas. No lo fue por casualidad, ni por un imperativo de la sociedad de la época. Más bien debemos entender este énfasis en la vida comunitaria como un elemento constitutivo de la fe misma. Si se nos dice que "donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí yo estaré" (Mateo 18:20) no es un mero capricho del Espíritu empeñado en complicarnos la vida sino una señal pedagógica de que el mejor lugar para encontrar la guía y presencia de Dios es el espacio creado por la reunión de hermanos y hermanas donde la diversidad se hace evidente. Allí crecemos juntos, nos corregimos y ayudamos, y allí aprendemos que ante Dios mujeres y hombres, jóvenes, niños y ancianos, sabios y sencillos, criollos e indígenas, somos todos realmente iguales. Por eso los evangélicos debemos ser reacios y sospechar de los excesivos liderazgos personales, de quienes se presentan en persona como poseyendo atribuciones superiores dadas por Dios, llámese infalibilidad, don de profecía o plena sabiduría, una de las formas más comunes de la ignorancia. Es el Espíritu Santo el que ilumina y capacita a la iglesia toda y el que llama y da dones a quienes en humildad ofrecen sus vidas a él.

Conclusión

Estas cuatro fuentes, sin ser exclusivas, dan a la espiritualidad un marco que contribuye a hacerla más rica y a la vez a ubicarla en el contexto más amplio de la fe cristiana. ¿Qué sucede cuando la espiritualidad se desarrolla al margen de estos criterios? Responder a esta pregunta tiene sus riesgos. El primero es el de desvalorizar otras formas de religiosidad, de por sí válidas y respetables. El segundo es el de sacralizar nuestros criterios como regla de evaluación de otras formas de encarar la fe. Pero aún a riesgo de ser mal interpretados, debemos decir que lo que debe quedar claro es que por más respetables que sean esas otras formas de vivir la espiritualidad, no harán justicia al Evangelio y por lo tanto no serán formas de espiritualidad *cristiana*. Podremos dialogar con ellas y hasta compartir elementos que nos enriquezcan, pero es menester recordar que nuestras fuentes son distintas.

Entre las cosas que estos últimos años nos han enseñado una es que el proceso de secularización que durante el siglo XX hizo eclosión al punto de llegar a pensarse en el fin de las religiones y la iglesia, ha ido acompañado en forma paralela por un fuerte proceso de sentido opuesto llevado adelante por inmensas masas de personas que promueven la sacralización y espiritualización de la realidad. Esta sacralización en general no se hace en relación con una fe organizada sino con la adhesión a formas más o menos mágicas que explican la realidad y hasta el futuro. Son en general formas que fragmentan a la persona y las conminan a ser protagonistas de un segmento pequeño de la vida. Curiosamente, es también un campo propicio para desarrollar la fe. Nuestra tarea como iglesia es ofrecer una espiritualidad madura que una a la persona con la realidad, y la conduzca a través de Cristo a amar a Dios y al prójimo.



Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.